

es menos cierto que como vector de movilización lo regional tiene su papel, y muy destacado, en la agitación franquista; hasta el punto que Núñez Seixas apunta a una suerte de competencia regional para entrar con buen pie en la nueva España. El recurso a la complejidad de tradiciones y de culturas implicaría una nada desdeñable regionalización del nacionalismo, un anticipo de ese pseudofederalismo, espurio si quieren, de las tierras y los hombres de España.

Por lo demás, acabemos recordando que el historicismo es recurrente, omnipresente. En un bando y otro, en una identidad (la española) o en otra (la catalana, la vasca, la gallega), se da el recurso al pasado miliciano, de pelea: nos encontramos ante construcciones culturales de larga duración que permiten unir, hasta convertir en una misma cosa, el pasado y el porvenir; y hacerlo, además, a través de los combates del presente. Del seno de esos bastimentos será posible la forja de nuevas síntesis, algunas efímeras, otras destinadas a perdurar. Todas ellas afectadas de manera innegable por la guerra y sus consecuencias: todo nacionalismo, todo, necesita fallecidos, porque no puede vivir sin raíces.

En suma, una obra espléndida, en la que la prolijidad de los ejemplos, único óbice que al firmante se le ha ocurrido en algún momento de la lectura, acaba siendo –paradojas de los estudios sobre el nacionalismo– más virtud que defecto. Hay que andarse con sumo cuidado al sostener afirmaciones sobre temas, y pieles, tan sensibles.

Ángel Duarte  
Universitat de Girona

ARCO BLANCO, Miguel Ángel del, *'Hambre de siglos'. Mundo rural y apoyos sociales del franquismo en Andalucía Oriental (1936-1951)*, Granada, Comares, 2007, 513 págs.

No hace demasiado, ofrecíamos una serie de datos sobre la producción de la historiografía del franquismo en las últimas tres décadas. Señalábamos los años noventa como la década en que se produce un salto cualitativo y cuantitativo de esa historiografía, transitando de una historia política, bastante ideologizada, a una historiografía más *preocupada por la relación entre la población y la dictadura*. El libro que hoy nos ocupa, *Hambre de siglos*, es un ejemplo claro de este cambio. Preocupado por la institucionalización y consolidación del franquismo en la postguerra (1936-1951), el análisis se enmarca, fundamentalmente, en cinco localidades de cuatro provincias de Andalucía Oriental: Berja (Almería), Montefrío y Santa Fe (Granada), Alcalá la Real (Jaén) y Marbella (Málaga). A partir del estudio de los poderes locales Miguel Ángel del Arco pretende averiguar qué grupos sociales conformaron la coalición reaccionaria que se sublevó en julio de 1936 y, sobre todo, qué les hizo seguir apoyando a un sistema que, durante una década, sumió a la población en el hambre y el terror. Las principales cuestiones que articularán el trabajo serán: a) ¿cuáles fueron los apoyos sociales del franquismo? b) ¿qué mecanismos se pusieron en marcha para la construcción del consenso?

La respuesta del autor a estos dos interrogantes está entremezclada. A juicio de Miguel Ángel del Arco, el franquismo puso en marcha un *con-*

*senso selectivo* que discriminaría entre vencedores y vencidos. A los primeros ofreció beneficios y prebendas, a los segundos represión (socioeconómica y sociopolítica) y desesperación. Como se señala en el libro, y está remarcando insistentemente la reciente historiografía del franquismo, la Guerra Civil es la *génesis y razón de ser* de la dictadura. Los grandes perdedores del conflicto serán las clases subalternas, los olvidados del franquismo, mientras que los vencedores, igual que en el caso italiano o alemán, se extraerán de una amplia alianza de diferentes grupos sociales en el que el *campesinado familiar* jugó un papel fundamental. Las alianzas sociales defendidas por Gregory M. Luebbert (*Liberalismo, fascismo o socialdemocracia*. Zaragoza, PUZ, 1997) encuentran su refrendo en los sectores sociales que fueron aupados al poder local en las localidades estudiadas: «*El régimen franquista desplegó una innata capacidad para aglutinar a heterogéneos grupos sociales en torno a su proyecto político. Fue muy flexible, excepto las clases humildes y miserables, todos se vieron representados*» (p. 98).

Del estudio del personal político del franquismo Miguel Ángel del Arco concluye que se produce la llegada de unos nuevos cuadros políticos intermedios nacidos de la experiencia de la Guerra Civil. Serán hombres jóvenes, en su mayoría sin pasado político, o vinculados a FET-JONS, que pertenecerán a las clases medias rurales vinculadas a la propiedad, a la agricultura, al comercio o al funcionariado. En cualquier caso, el franquismo mostró una gran flexibilidad a la hora de cooptar su personal político. Del estudio de la composición y dinámica política de las cinco localidades ele-

gidas el autor dibuja tres modelos de actuación del franquismo en el ámbito local. El primer modelo, representado por Alcalá la Real, muestra un perfil orientado hacia las clases más acomodadas; el segundo, con los casos de Berja, Marbella y Santa Fe, muestra un perfecto equilibrio entre diferentes grupos sociopolíticos mientras que en el tercer modelo, el de Montefrío, se observa una preponderancia de clases medias bajas con un importante peso del falangismo local. Estas diferentes estrategias y modelos confirman la flexibilidad del poder local franquista defendida por Antonio F. Canales Serrano (*Las otras derechas*. Madrid, Marcial Pons, 2006) y «Las lógicas de la victoria. Modelos de funcionamiento político local bajo el primer franquismo» en *Historia Social* n° 56, (2006). Más críticos somos con la insistencia del autor en remarcar la *ruptura* de los cuadros políticos intermedios del franquismo con respecto a los de épocas precedentes (Véase también «*Hombres nuevos*. El personal político del primer franquismo en el mundo rural del sureste español (1936-1951)» en *Ayer*, n° 65, 2007). En este sentido, trabajos de otros autores, como Damián A. González Madrid, matizan las tesis rupturistas señalando la existencia de una convivencia de las élites tradicionales con el nuevo personal político (*Los hombres de la dictadura*. Ciudad Real, Almud, 2007).

Sin embargo, una de las virtudes de *Hambre de siglos* es que no restringe el análisis del poder local a los ayuntamientos, diputaciones o gobiernos civiles. Tal y como ha reclamado María Encarna Nicolás Marín («Los poderes locales y la consolidación de la dictadura franquista» en *Ayer*, n° 33,

1999) en este trabajo se entiende el poder en sentido amplio analizándose también la actuación de los delegados de abastecimientos, las hermandades sindicales de labradores y ganaderos, las juntas agrícolas locales o los hacendados. Especial atención se presta a los organismos encargados de llevar adelante la autarquía en el ámbito rural. Fuertemente endeudado con las perspectivas de Michael Richards (*Un tiempo de silencio*. Barcelona, Crítica, 1999), Miguel Ángel del Arco concibe la autarquía como una potente arma de represión en manos del franquismo: «la política autárquica no vendría determinada por la irracionalidad o tozudez de los técnicos o políticos del Estado sino por una decisión deliberada de reprimir a los vencidos» (p. 126). Muy distinta sería la posición de las clases hegemónicas que utilizarían el intervencionismo autárquico para acumular capital en el mercado negro. En esta tesitura la actuación de los organismos locales y provinciales fue ambivalente: por un lado protegieron los derechos de sus comunidades, llegando a transgredir la legalidad para conseguir más cupos u ocultar cosechas, pero por otro permitieron que sus apoyos sociales se beneficiaran de estas acciones mientras que los vencidos eran condenados al ostracismo económico. Los vencidos optaron por desplegar formas de resistencia cotidianas, las *armas de los débiles* de James C. Scott, con las que subsistir al franquismo (*Weapons of the weak: everyday forms of peasant resistance*. New Haven, Yale UP, 1985). Robos, hurtos, estraperlo... todos estos mecanismos fueron llevados a la práctica por las capas subalternas mostrando así una tipología de resistencia a la autarquía muy distinta de

la de los vencedores. Si seguimos a Richards estas formas de resistencia mostrarían un conflicto abierto con la dictadura ya que la autarquía era una forma de represión a los vencidos. Mucho más laxa, y a nuestro juicio atinada, es la perspectiva de Ana Cabana Iglesia (*Entre a resistencia e a adaptación*. Santiago, USC, 2007 [Tesis Doctoral, CD-Rom]) quien estima que la resistencia cotidiana ni es oposición ni es antifranquismo, mas ese carácter *infrapolítico* no destierra estas formas al ámbito de lo *prepolítico*.

A pesar de lo dicho, es en las páginas dedicadas a las condiciones de vida de las clases subalternas y a las formas de resistencia cotidiana (caps. 5, 8 y 9) donde *Hambre de siglos* destaca. Miguel Ángel del Arco nos muestra una sociedad extremadamente inquieta y efervescente que luchaba por su subsistencia con todas sus fuerzas. Si en el ámbito político el primer franquismo destaca por la quietud y la complacencia, en el ámbito económico «el desorden generalizado y la transgresión de la legalidad era algo cotidiano» (p. 265). Este aspecto resulta importante ya que no sólo ha sido destacado en *Hambre de siglos* sino que otros autores (como Ana Cabana, Juan F. Gómez Westermeyer o nosotros mismos), muy influenciados por los trabajos pioneros de Conxita Mir Curcó (*Vivir es sobrevivir*. Lleida, Milenio, 2000), comienzan a ofrecernos una imagen inédita de la sociedad del primer franquismo (*Historia de la delincuencia en la sociedad española: Murcia 1939-1949*. Murcia, UM, 2006 [Tesis Doctoral] y *Poder y actitudes sociales durante la postguerra en Almería (1939-1953)*. Almería, UAL, 2007 [Tesis Doctoral, CD-Rom]).

No podía ser de otra forma. Como muestra Miguel Ángel del Arco las capas populares jienenses o almerienses se veían obligadas a sobrevivir con déficits calóricos que sobrepasaban el millar de calorías para los primeros y los 1.700 diarios en el caso de los segundos. El aporte proteínico de su dieta diaria no era mejor. Mientras que los jienenses tenían un déficit de 40-50 grms los almerienses luchaban con unas deudas diarias de 41 a 48 grms. ¿Como pudo la población subsistir con estos abastecimientos oficiales? La respuesta es clara y contundente: «*adquiriendo los productos en el mercado negro, recurriendo a robos o hurtos, u ocultando la producción para consumirla o comercializarla de estraperlo*» (p. 307). Sin embargo, el análisis del autor no se queda en la constatación de la extrema miseria vivida sino que va más allá concediendo al hambre un valor socio-político: «*el hambre sería aprovechado como un instrumento de consenso, utilizando las necesidades de los más pobres para crear adhesiones y compromisos; pero además, la crítica situación provocaría que las preocupaciones residiesen en sobrevivir, no habiendo lugar para la resistencia frente al régimen franquista y su terrorífica política autárquica*» (p. 292).

Esta última perspectiva, causada por la estructuración bipolar del trabajo, no es, desde nuestra perspectiva, muy sutil. Siendo cierto que tanto FET-JONS como el Estado se dedicaron a administrar la miseria y desplegar estrategias clientelares para ganar adhesiones, no lo es tanto que el franquismo concibiera el hambre como un *arma* a su disposición. Al menos eso se puede extraer de la preocupación con que observaban la miseria

tanto los gobernadores civiles como los alcaldes. El propio Miguel Ángel del Arco muestra suficientes ejemplos de esta preocupación que, analizada desde una perspectiva como la de Carme Molinero y Pere Ysàs, más que hablamos de un *arma de represión* nos remite a un quebradero de cabeza constante y una preocupación socio-política de primer orden («El malestar popular por las condiciones de vida. ¿Un problema político para el régimen franquista?» en *Ayer* n° 52, 2003).

*Hambre de siglos* es una importantísima aportación a la historiografía sobre el franquismo que, a pesar de su localización espacial, debe ser tenida en cuenta a nivel estatal. Miguel Ángel del Arco se introduce en los principales debates historiográficos y nos ofrece una madura, e inédita, visión del franquismo. Probablemente se le pueda achacar un excesivo apego a las perspectivas de Michael Richards quien, por cierto, prologa el libro o un análisis excesivamente estructural y bipolar del franquismo mas estas carencias no diluyen el valor de la obra. Fruto de una tesis doctoral presentada en la Universidad de Granada, *Hambre de siglos* se suma a las contribuciones realizadas por Francisco Cobo, Antonio Cazorla o Teresa Ortega a la historiografía del franquismo mostrando las deudas contraídas con lo que ya se puede considerar un *modo*, o *manera*, dentro de nuestra historiografía (*Franquismo y posguerra en Andalucía Oriental*. Granada, UGR, 2005; *Desarrollo sin reformistas*. Almería, IEA, 1999 y *Del silencio a la protesta*. Granada, UGR, 2003).

Óscar J. Rodríguez Barreira  
Universidad de Almería